

## Cambio de Piel

# El Sistema: sus Opciones

POR LORENZO MEYER

**E**L asesinato de Manuel Buendía no sólo es condenable por sí mismo, sino también porque es un golpe directo a todo aquello que hay de civilizado en nuestra vida pública... que es bien poco. Quien lo planeó y ordenó sabía lo que hacía: le pegó al sistema donde realmente duele. Las campañas no doblan ahora únicamente por un periodista asesinado, sino por una libertad —siempre relativa— herida y por un pluralismo —siempre endeble— que ha dado un paso atrás.

¿Qué hacer? Bueno, lo que se está haciendo. Por un lado exigir al poder público que cumpla con su obligación legal y, sobre todo moral, de impedir que el crimen quede impune. Le conviene. Por el otro, sostener, e incluso fortalecer, la libertad de expresión con su uso sistemático, responsable y sustantivo. Se trata, en fin, de no perder un terreno ya ganado.

★

**A**SI, pues, manos a la obra. En estos días ni al lector más despistado se le escapa que el síndrome de Borgia que aflige a la "familia revolucionaria" —la lucha de padres contra hijos, del hermano contra el hermano, del beneficiado contra su benefactor— se está agudizando. Ejemplos hay de sobra: los ataques del joven y seguro gobernador del estado de México contra su colega cetemista de Querétaro; la resurrección de entre los muertos de Ortiz Mena para condenar

desde el más allá y en nombre de la Revolución a los sexenios que no fueron suyos, es decir los de Echeverría y López Portillo; la puesta en duda desde el SNTE de las bases filosóficas que animan a la actual política educacional (la famosa "revolución educativa"). Todo esto, visto desde fuera, tiene un lado cómico innegable, pero es, en realidad, la expresión superficial de procesos muy serios que nos

afectan a todos: la lucha por el futuro del sistema.

Como todos sabemos, en nuestro país el verdadero conflicto político no se da entre los partidos, sino dentro del gran partido oficial. Este último ha sido desde el principio la verdadera y casi única arena del conflicto. Ni antes ni después de la Revolución las urnas y los votos han decidido nada verdaderamente sustantivo entre nosotros. Pues bien, la actual pugna interna tiene su razón de ser en el gran desastre económico que nos aflige desde 1982. Veamos por qué.

Detrás de nuestra fachada democrática está —y todos lo sabemos— el sistema autoritario más antiguo y estable de América Latina, que por medio de una presidencia sin contrapesos, limita, controla y dirige nuestro pluralismo político. El secreto de esta añeja estabilidad se encuentra en el hecho de que el nuevo régimen que surgió de la Revolución de 1910 —y en contraste con el porfirista— adoptó una política de puertas abiertas frente a los grupos organizados que aceptaron la disciplina propia del presidencialismo. La subordinación a las decisiones del Ejecutivo fue la manera que encontró la Revolución de permitir la convivencia de intereses contradictorios y de construir un gran consenso que hasta hace poco funcionó.

**D**ESGRACIADAMENTE, la crisis económica amenaza con echar por tierra la base del consenso. Ya no se puede apostar a que, en corto tiempo, el gobierno volverá a disponer de los recursos mínimos necesarios que le permitían seguir presidiendo y mediando sobre la heterogénea coalición que lo ha sustentado. La "Revolución" no puede seguir siendo todo para todos.

El sistema debe y quiere cambiar de piel, desea modificarse para seguir siendo. ¿Pero cambiar a qué? Para unos, con la CTM a la cabeza, es necesario salvar algo del populismo. En opinión del viejo PRI, es necesario encontrar la fórmula para que el sistema siga sosteniéndose en grupos populares masivos y organizados. Para otros, las irracionalidades de la

## Cambio de Piel

Sigue de la página siete

economía ficción en que se basaba el consenso anterior son, simplemente, imposi-

bles de sostener en medio de la austeridad; por tanto, el populismo como fórmula política es irrecuperable. Entre quienes sostienen este punto de vista hay, a la vez, dos tendencias. Una que podemos llamar liberal y que propone que la contrapartida de la reordenación económica —que golpea más al que menos tiene—, sea la apertura política del sistema, de tal manera que a una economía de mercado le corresponda una política también de "mercado", es decir competitiva y donde gane quien tenga capacidad de organizar y ofrezca las mejores ideas. Sin embargo, es obvio que después de la triste experiencia electoral del año pasado, esta corriente democrática no ha ganado terreno. Así, pues, parecen estar imponiéndose quienes proponen transformar nuestro auto-

ritarismo de incluyente en excluyente, es decir no cambiar las viejas prácticas electorales a la vez que atender básicamente sólo aquellas demandas que no requieran de gastos públicos excesivos, controlar los salarios y fortalecer el aparato productivo; esto significa excluir del proceso de toma de decisiones a quienes mal que bien representan intereses mayoritarios, como son la CTM y la casi muerta CNC (¿la CNOP aún existe?).

Quienes buscan que nuestro autoritarismo pase de la inclusión a exclusión deben darse cuenta que al final de este camino está, no la eficiencia económica, sino la dictadura burocrática-tecnocrática, la violencia y el aislamiento. Quienes han apostado por esta vía están poniendo en juego la estabilidad de largo plazo, pues ninguno de

los experimentos de este tipo que surgieron en el decenio pasado en Iberoamérica es ahora un sistema viable. Tanto en la península ibérica como en los principales países del cono sur de nuestro continente, el problema de la crisis económica se está intentando resolver por la vía de la apertura, del juego democrático sustantivo. En México, tanto los partidos de izquierda como de derecha, dicen estar dispuestos a encauzar a las corrientes opositoras por la vía de la democracia; el que da señales de resistirse es el presidencialismo y su tecnocracia, quizá por temor a lo desconocido: a los avatarse de una vida democrática.